

el avión y con 11 ó 12 pasajeros, muriendo todos.

d)—En los grandes temporales del pasado octubre, las gentes se subían a los segundos pisos y a las copas de los árboles y se pasaban las noches rezando. Ningún ángel de la guarda vino a salvarlas. Ningún dios ni diosa bajó a traer a los muertos de hambre y de frío, un panecillo de a cinco.

e)—¿Qué decir de lo que está pasando en los asaltos a los templos en estos días? Pero, ¡tente, pluma...!

Afortunadamente para las religiones de moda, las cabezas de la mayoría de los hombres, no han sido hechas para pensar sino para colgar el sombrero. Razon tenía Federico el Grande de Prusia cuando decía que el "hombre ha nacido más para carretonero que para filósofo". El rezar parece como que embrutece a las gentes. En esto recordamos a Pascal cuando escribía: "Rezad, rezad y embruteceos." Sí. Parece que el género humano hubiera nacido para carretonero. En tiempos de sequía, es costumbre que las parroquias salgan a la calle en procesión en demanda de lluvia, es decir, de un milagro, o mejor de un imposible, cuando la lluvia no puede caer, si ello implica la anulación de las leyes atmosféricas. Para nuestro hemisferio norte, es corriente que la lluvia caiga para mayo o junio cuando dejan de soplar los vientos alisios. Ahora bien: el casquete polar norte es la cocina atmosférica para todo el hemisferio norte, según lo expliqué hace años en la *Revista de Agricultura*. Ello quiere decir que, para que llueva en mayo o junio, es necesario que un mes antes hayan cuajado en las altas latitudes, fenómenos especiales que determinen la lluvia entre nosotros un mes después. Y para que hubiera milagro, sería menester que los dioses supieran un "mes antes", que les iba a hacer rogativas un mes después. Con esto, podían preparar el escenario para que lloviera: tempestades en el polo norte; formación de bancos de hielo; grandes nevadas; vientos que empujaran los bancos hacia el sur a efecto de producir la condensación de los vapores acuosos, etc. En las pasadas edades, la ignorancia general había declarado al diablo constructor de puentes; y con igual razón, a dios fabricante de lluvias. Pero ante las leyes naturales, no hay milagro que valga. Y me apresuro a terminar.

Yo tengo mi religión hecha desde hace más de diez lustros. Ya en mi primera juventud empecé a perder al dios

de mi infancia. Esta evolución es fatal en todo hombre que estudia y piensa. ¿Pero, cuántos son los hombres que tienen el valor de hacer estos estudios? Y sin embargo, son los que más debieran interesarles para su propio bien. Yo, aun después de haber perdido a dios, me dediqué a buscarlo por todos los rincones de la historia y de la naturaleza, sin poder encontrarlo ni en la una ni en la otra. No lo encontré en la naturaleza porque en ésta, todo es efecto de las leyes eternas del Cosmos. Y no lo encontré en la historia, porque la iniquidad, la inmoralidad, la injusticia, la desdicha, el dolor y el hambre, fueron siempre los mismos. "Los hombres (dice Anatole France) fueron siempre los malos; pero los dioses fueron peores". Entonces (me pregunto yo) ¿para qué seguir cultivando dioses en nuestros huertos mentales, si jamás han producido ni un fruto ni una flor? Si la humanidad no ha hecho sino perder el tiempo y el dinero con las religiones; si éstas no han traído sino dolores de cabeza, pobreza y terrores; si

sólo han servido para hacer de la humanidad un campo de batalla desde que el hombre salió de la caverna; si no hemos adelantado un paso ni en bondad ni en moral, ni en justicia; si tras tanta civilización (que sólo beneficia a unos pocos) los hombres siguen matándose, y llamándose y creyéndose todos, hijos de dios, ¿por cuál razón no hacer un alto en la marcha, romper con el pasado, y organizar la humanidad, no por la fe, sino por la ciencia, con vistas al futuro? La ciencia es el auténtico verbo divino que ha bajado a la tierra a ocupar el vacío que van dejando las religiones de la fe que han hecho ya su tiempo. Estas pudieron ser útiles en la infancia del género humano pero hoy ya no sirven. Sólo son buenas para dos cosas. Una: para embrutecer a las naciones. Dos: para enriquecer a una jerarquía privilegiada que, por sus vestires anacrónicos y por algún raro avatar, parece escapada de las páginas de algún "viejo testamento".

Ipís, Costa Rica. 20-XI156.

FELIX CALDERON AVILA

(Viene de la página 176)

en estos apuntes. La raíz de la poesía estaba, pues, en lo inefable. Sin saberlo o sin advertirlo, coincidían con Juan Ramón Jiménez en su teoría de lo poético puro. No obstante, la forma suya tendía a la corrección lapidaria, a la rotundidad plástica del parnasianismo, sin perder, por su fortuna, la frescura de la expresión, aunque desde sus inicios, fue un enamorado de la sonoridad y el cuidadoso alioño de la estrofa.

De tal suerte, la influencia de Chocano —temas, motivos, giros— y acaso, menos directa, la de Guillermo Valencia aparecen determinantes en la producción primigenia del poeta. En el primer poema de *Canto de América* (Alcázar interior) hay notorias reminiscencias de *La torre de cristal* del peruano. Su musa heroica sigue las mismas huellas, pero sobreponiendo sus propias excelencias. Estoy cierto de que el Chocano rebelde de *Iras Santas*, y aun el de *Alma América*, no hubiese tenido empacho en suscribir las bruñidas estrofas de su canto a Bolívar: "Hay una luz celeste que su mirada enflora —y en la expresión austera suaviza la arrogancia, — lo mismo que en los mares la tempestad sonora — deja un jirón de cielo soñando a la distancia"...

3

Por aquel tiempo, cobraba la categoría de un deber, entre poetas y escritores hispanoamericanos, la posición antiyan-

qui, y con sobra de razón y derecho. No en vano Teodoro Roosevelt, el bárbaro cazador de tigres y pueblos, apuntaba su rifle de bucanero hacia la América indoespañola a la cual consideraba la adiposa soberbia de los magnates del salchichón y del banano como la presa natural de sus apetitos fenicios. Y no había sido fútil sino eficaz y vibrante, como una flecha clavada en el lomo del hipopótamo, la respuesta lírica de Darío, de Chocano, y cien poetas más, al rugido del gran digitigrado anglosajón, ni se perdía la voz de reto y admonición de Rufino Blanco Fombona, del magnífico panflelista Vargas Vila, del ático y persuasivo Rodó y otros escritores de prócera talla continental. Calderón Avila pagó entusiasta tributo a este imperativo patriótico y hermosamente vital. Como prueba, figuran algunos latigueantes poemas en su libro póstumo.

Entre las formas métricas del clasicismo, amó ese gemado camafeo que se llama soneto —feliz e inmortal hallazgo de los poetas— artífices italianos del Renacimiento. Desde los quince o diecisiete años de su edad, descolló como diestro sonetista. En su antología puede gustarse de ejemplares tan acabados como *El quetzal*, *El potro*, *El toro*, *El pájaro-mosca*, sobre todo éste último. Tal soneto es de un graficismo magistral y está entrecruzado de metáforas que entonces casi se tuvieron por temerarias, y